



**Asamblea General  
Consejo de Seguridad**

Distr.  
GENERAL

A/46/111  
S/22336  
6 de marzo de 1991  
ESPAÑOL  
ORIGINAL: ARABE

ASAMBLEA GENERAL  
Cuadragésimo sexto período de sesiones  
Temas 33, 35 y 46 de la lista preliminar\*  
CUESTION DE PALESTINA  
LA SITUACION EN EL ORIENTE MEDIO  
AGRESION IRAQUI CONTRA KUWAIT Y MANTENIMIENTO  
DE LA OCUPACION DE ESE PAIS, EN MANIFIESTA  
VIOLACION DE LA CARTA DE LAS NACIONES UNIDAS

CONSEJO DE SEGURIDAD  
Cuadragésimo sexto año

Carta de fecha 5 de marzo de 1991 dirigida al Secretario General por  
el Representante Permanente de Egipto ante las Naciones Unidas

Tengo el honor de transmitir adjunto el texto de la declaración del Presidente Muhammad Hosni Mubarak, Presidente de la República Arabe de Egipto, en la reunión conjunta de la Asamblea Popular y el Consejo Consultivo, el 3 de marzo de 1991.

Le agradecería que hiciera distribuir esta carta y su anexo como documento oficial de la Asamblea General, en relación con los temas 33, 35 y 46 de la lista preliminar del cuadragésimo sexto período de sesiones de la Asamblea General, y del Consejo de Seguridad.

(Firmado) Amre MOUSSA  
Representante Permanente

\* A/46/50.

Anexo

Hermanos y hermanas,

Miembros de la Asamblea Popular y del Consejo Consultivo,

En estos históricos momentos, en que se está trazando una distinción entre la luz y la obscuridad, entre la esperanza y el sufrimiento, y entre el anuncio de la liberación y la victoria, por una parte, y los horrores de la guerra y los signos de la devastación, por la otra ...

Comparezco ante vosotros, principalmente, a fin de ofrecer mi segundo testimonio para la historia, en relación con todas las circunstancias del sanginario desastre que ha afligido a nuestra nación árabe.

También comparezco para dirigir un llamamiento panárabe, desde el Parlamento del pueblo egipcio, a todos los pueblos árabes hermanos, pidiéndoles que se esfuercen por construir un nuevo futuro, un futuro de paz y de seguridad, de trabajo y desarrollo.

Debo reconocer que en estas últimas semanas he tenido que hacer frente a los días más duros y difíciles desde que ocupó este cargo, y he soportado la angustia más abrumadora, que ha inundado mi corazón de ansiedad y de tristeza y ha hecho que me planteara atónito, las siguientes preguntas: ¿Acaso no advertimos al dirigente del Iraq de lo que iba a pasar? ¿No le ofrecimos nuestro sincero consejo y le dijimos la verdad desde el primer día de su ocupación del Estado de Kuwait? ¿No tratamos diligentemente, por varios medios, de hacerle comprender la verdadera situación, las circunstancias reales y las medidas adecuadas que había que tomar, ya que era evidente que el consenso internacional no toleraría ese crimen ni permitiría su perpetuación? ¿Acaso no tratamos de ignorar todos sus insultos, abusos e insolencias? ¿Acaso no le advertimos constantemente de la índole de sus cálculos y presunciones erróneas, que inevitablemente le llevaron, tal como preveíamos y advertimos, a la ruina, la destrucción, la muerte y el aniquilamiento?

¡Dios confunda al arrogante y fantasioso! ¡Dios confunda al individuo que se ha endiosado!

Las vanas ilusiones, los hipócritas, los conspiradores, los interesados y los bufones le hicieron cobrar la falsa idea de que el mundo se dividiría ante el peso de sus argumentos, su sabiduría y su coraje, que Kuwait se convertiría en una presa fácil, y que su anexión al Iraq era el remate ficticio de su liderazgo descarriado.

Sin embargo, era evidente desde el principio que su juicio era incauto y caprichoso y que se estaba engañando él mismo, al creer que manteniendo su terca actitud y permaneciendo atrincherado en su refugio fortificado, podría hacer caer los gobiernos, subvertir los sistemas y trazar un nuevo mapa del mundo.

Se hizo evidente que, sin lugar a dudas, sus cálculos se basaban en el asesoramiento de personas ignorantes y de escasas luces, y de especialistas en el arte de propalar arengas y consignas sugestivas y engañosas.

Subsiguientemente, se engañó al creer que la comunidad internacional no adoptaría una resolución para pedir el uso de la fuerza armada y asegurar la retirada. Le advertí acerca de esta posibilidad en una larga carta - repito, le advertí en una larga carta - en la que le aseguré que la resolución se adoptaría en un futuro muy próximo. Me respondió, como de costumbre, con nuevos insultos, vituperios y frivolidades.

Era cada vez más evidente que se había dejado llevar por impulsos ciegos y que no sabía o no podía comprender los hechos más fundamentales sobre la comunidad internacional.

De nuevo volvió a engañarse al pensar que los árabes y las fuerzas aliadas amigas temían iniciar una batalla terrestre y estaban aterrorizadas de su místico y abrumador poder, capaz de convertir vastos territorios en un cementerio y un mar de sangre que no sería lo suficientemente profundo para sepultar los cadáveres de las decenas de miles de víctimas que se producirían. Creyó erróneamente que, si lo anterior se producía, los pueblos se rebelarían contra sus dirigentes y gobiernos, los tronos se derrumbarían y los presidentes serían arrojados del poder, y su liderazgo descarriado reinaría como autoridad suprema, exhibiéndose pomposamente por la escena mundial.

En consecuencia, amenazó con la ruina, la muerte y la calamidad y anunció, de una manera en extremo confiada, arrogante y plena de bravuconería, que las posibilidades de no poder conseguir una victoria abrumadora eran menos de una entre un millón.

Después, anunció que los daños sufridos por las instalaciones militares en el Iraq como resultado de las incursiones aéreas eran mucho menores de las que había estimado, una vez efectuado un cuidadoso examen, y que podría librar una guerra victoriosa durante un período de seis años. Incluso trató de dejar en ridículo a los que habían mencionado un período de tres años.

Al mismo tiempo, se producía una catarata cada vez mayor de discursos, declaraciones y comunicados desde cuatro estaciones de radio, que hablaban de un número fabuloso de armas secretas que harían temblar al mundo, ingeniosas estrategias militares que asombrarían a los caudillos castrenses de todos los tiempos, y terribles perspectivas de matanzas, con los combatientes regresando envueltos en centenares de miles de sudarios.

¡Debe decirse la verdad! Cuando un jefe de Estado expresaba una opinión distinta a la suya, le acusaba de ignorante, degenerado, despreciable, cobarde, ateo, etc. Todos estos vergonzosos, vulgares e insultantes epítetos, fueron arrojados a la faz de un gran número de dirigentes mundiales, a quienes esperaba ver postrados a sus pies, implorando misericordia y perdón, tras la aniquilación de sus ejércitos y la caída de sus regímenes y gobiernos.

Por consiguiente creía que, una vez que hubieran sido depuestos los dirigentes de las Superpotencias, su gloriosa victoria histórica pondría la dirección del mundo al alcance de sus manos.

Creedme, hermanos y hermanas,

Todavía estoy asombrado y confuso.

Incluso ahora, sigo asombrado y confuso.

¿Cómo cualquier inteligente, lógico y perceptivo estudiante de la historia militar pudo haber imaginado que podría librarse una guerra, incluso a escala limitada, sin disponer de un solo avión, ni tan siquiera de un misil defensivo, antes y después de la batalla aérea?

Incluso envió al Irán, valiéndose de procedimientos subrepticios, los aviones que se habían salvado a la destrucción.

¿Es esta la firmeza heroica de la que presumía, reiterada por algunas voces engañosas o ingenuas?

¿Acaso la firmeza equivale a dejar que todas las instalaciones militares, fábricas de armamento y centros de mando y de control en territorio iraquí queden expuestos al bombardeo y la destrucción sin el menor tipo de resistencia y sin ningún avión de combate capaz de proteger una posición?

¿Acaso la firmeza exige que los emplazamientos civiles se utilicen como centros militares o que se instale equipo militar en las escuelas, en los hospitales, en los refugios civiles, en las cercanías de los lugares de culto y en los hoteles, lugares que subsiguientemente se ven expuestos al bombardeo, para después lamentarse por el número de víctimas civiles?

Existe una diferencia entre la firmeza y el suicidio ... una cosa es la firmeza y otra muy diferente es el suicidio.

La firmeza significa que una persona lucha, mientras tiene armas, tratando de sufrir el menor número de pérdidas posible.

Suicidio significa sacrificar a miles de personas en lucha por una causa perdida. Es esta una decisión que tiene que adoptar un líder.

Un líder valeroso es el que da más muestras de firmeza que nadie y protege asiduamente la seguridad de su ejército y de su pueblo.

Hay que calificar de enajenación mental, y de traición a la posición honorable y responsable que debe asumir un líder, que éste ordene a sus fuerzas cometer un suicidio, mientras permanece a salvo en su refugio fortificado, animado por un deseo vesánico de aparecer como un líder firme ante las masas.

Los incautos y demás personas que participaron en estas ruidosas demostraciones, enarbolaron estandartes y repitieron consignas en varios países, trataban de confundir al público y explotar la situación para conseguir los objetivos internos de los partidos políticos, con el fin de agitar y engañar a las masas.

Trataban de convencer al mundo de que Saddam Hussein era el héroe que liberaría Jerusalén.

Trataban de convencer al mundo de que vencería al colonialismo y aplastaría al imperialismo.

Trataban de convencer al mundo de que era el líder audaz que aniquilaría a Israel.

Incluso trataban de convencer al mundo, tal como el interesado trataba de convencerse a sí mismo, de que era el mensajero de la providencia divina que alzaría el estandarte del Islam, propagaría la justicia y rescataría a los pobres. Trataron de convencer al mundo de esta y de otras muchas cosas.

Mientras trataban de convencer al mundo, y él trataba de convencerse a sí mismo de estas cosas, él sabía mejor que nadie que todas estas mentiras y falsedades no eran sino producto de su propia propaganda, en la que había invertido miles de millones para enmascarar el crimen de la ocupación de un país árabe, un vecino amistoso y débil que le había dado durante mucho tiempo pruebas de generosidad. Creyó, en su imaginación enferma y sus cálculos aún más demenciales, que estas demostraciones eran el camino al liderazgo con que soñaba, desde que subió al poder. Todas las fuerzas árabes que liberaron Kuwait eran infieles y traidoras, y la fuerza internacional que, junto con las fuerzas árabes, aplicó la resolución del Consejo de Seguridad para liberar Kuwait eran fuerzas que habían cruzado los océanos para derrocarlo, destruir su capacidad militar y borrarlo de la faz de la Tierra.

Este es el juego a que se dedican los que todavía viven con la mentalidad de los decenios de 1940 y 1950, que traicionaron la causa de los palestinos y engañaron a las masas árabes con consignas espurias, prometiendo arrojar a Israel al mar.

Al mismo tiempo, era Egipto el que luchaba y sacrificaba miles de vidas de sus hijos más nobles y era Egipto quien perdía miles de millones en sus guerras en pro de la causa palestina y la seguridad del mundo árabe.

¿Dónde está la Jerusalén que ha liberado?

¿Dónde está la Israel que ha aniquilado y aplastado?

¿Dónde está el Islam que este tirano transformó en asesinato, rapiña, violación y atroces formas de tortura, mediante las que se mata a las mujeres en frente de sus maridos e hijos, se sacan los ojos con agujas canderates y se abren las cabezas con hachas?

¿Dónde está la justicia para los pobres en esa destrucción e incendio de pozos petrolíferos y el envenenamiento del mar?

¿Quién ha traído a las fuerzas americanas, británicas, francesas y otras fuerzas a nuestra tierra?

¿Quién ha enviado al ejército iraquí a la destrucción y al cataclismo?

¿Acaso el dirigente del Iraq no tuvo durante un largo período de seis meses la oportunidad de aceptar las resoluciones del Consejo de Seguridad y de retirarse dentro del plazo prescrito por el Consejo de Seguridad, evitando de esta manera la destrucción y la devastación?

¿Acaso no hubiera sido más noble y honorable que se retirara como todos los dirigentes mundiales le pedían y aconsejaban, utilizando todos los medios posibles para hacerle entrar en razón, en vez de tener que retirarse finalmente de una manera humillante e ignominiosa, con la rendición de sus fuerzas, la destrucción de su equipo militar y las decenas de miles de bajas sufridas por su ejército?

¿Acaso no le advertimos 30 veces mediante cartas y llamamientos, en nombre de todos los hombres, mujeres y niños, con el mayor respeto y deseo de que salvara su dignidad? ¿No le advertimos de las terribles y graves consecuencias y no le dijimos a la sazón que esas consecuencias serían humillantes e ignominiosas?

Incluso tras el inicio de los combates terrestres, que en sus cálculos más íntimos había descartado, esperando amedrentar a sus contrarios con falsas y vanas amenazas, ¿acaso no persistimos en nuestros esfuerzos para convencerle de que se retirara y aceptara las resoluciones del Consejo de Seguridad? Eso es exactamente lo que hicimos. Digo claramente que, incluso unas horas antes de que comenzara la batalla, no cesaron los esfuerzos internacionales desde todas las capitales.

La Unión Soviética intervino y le aconsejó, advirtiéndole, que ponderara cuidadosamente la situación y aceptara las resoluciones internacionales. Pero el dirigente del Iraq trató de adoptar una actitud equívoca y acusó al dirigente soviético Gorbachev de servilismo. (También él estaba sometido a subordinación - todos estamos sometidos a una forma u otra de subordinación en estos días.) Moscú, tras 10 días de esfuerzos, no consiguió que tomara la decisión necesaria. Puso condiciones imposibles, una de las cuales era que se le recompensara por lo que había hecho y que el Iraq no renunciaría a su derecho a proceder a la anexión de Kuwait.

¿Acaso no propuso, entre otras cosas, que la retirada se produciría en un plazo de 21 días?

¿Acaso no terminó retirándose en unas horas?

Hermanos y hermanas, hice todo lo posible, con toda sinceridad y perseverancia, junto con nuestros hermanos, los dirigentes de la nación árabe y nuestros amigos, los dirigentes de las Superpotencias del Oriente y el Occidente. Traté, y todos trataron, en primer lugar de evitar esta guerra, impuesta por la legitimidad internacional, y, una vez comenzada, tratamos de evitar que continuara. Sin embargo, sólo hallamos en este tirano obstinación, contumacia, promesas tortuosas, engaños y maniobras pueriles que tratan de burlar a la suerte y el destino.

¡Anuncia una cosa y lo contrario al mismo tiempo!

Sus promesas llevan en sí mismas la confirmación de su clara intención de no cumplirlas.

Además, están los discursos llenos de vanagloria, pronunciados en tono heroico, en los que se engaña a sí mismo incluso más de lo que engaña a las masas de la nación árabe, con mentiras, ilusiones de grandeza y tergiversaciones de la verdad.

En medio de todo esto, hay una insistencia sanguinaria y maligna en el imprudente sacrificio de millares de vidas inocentes entre el ejército y el pueblo iraquíes. Constituye una aberración, incluso más maligna, querer rodearse de devastación y cadáveres, pozos petrolíferos incendiados y un mar envenenado. Destruyó las instalaciones de Kuwait antes de retirarse y, amparándose en la obscuridad de la noche, procedió al pillaje de sus riquezas.

El futuro revelará pronto el carácter odioso de estos crímenes, que no tienen precedente histórico, incluso en las peores épocas de opresión y de tiranía; crímenes cometidos y ordenados por el dirigente del Iraq.

En sus primeras declaraciones, trató de imponer condiciones caprichosas, a las que añadió garantías de que se salvaguardara su poder y no se pusiera en peligro su vida. Continuó tratando de confundir con sus condiciones, tratando de ganar tiempo e impedir la continuación de la guerra, alegando que las condiciones atmosféricas habían cambiado, con lo que tendría una excusa para no retirarse. Después mostró su total duplicidad: por una parte anunció que consentía en retirarse, a la vez que, por la otra, destruía e incendiaba los pozos petrolíferos. Una de sus caras mostraba el deseo de paz, mientras que la otra trataba de evitar las resoluciones del Consejo de Seguridad. Por consiguiente, era natural que la Unión Soviética declarara su solidaridad con los otros países de la coalición y la absoluta necesidad de una retirada incondicional y el cumplimiento de todas las resoluciones del Consejo de Seguridad; el dirigente del Iraq había perdido cuatro días, aceptando una tras otra.

Hermanos y hermanas, miembros de la Asamblea Popular y del Consejo Consultivo,

Se ha abierto un nuevo capítulo.

Las tinieblas se han disipado para dejar paso al amanecer de un nuevo día.

La terrible tragedia ha finalizado y Kuwait ha sido liberado. Nuestras fuerzas armadas, en colaboración con las fuerzas árabes y las fuerzas de la coalición, han desempeñado su papel heroico en la batalla por la liberación. Todos los dirigentes militares han elogiado a la coalición. Por medio de sus corresponsales militares en el campo de batalla, los periódicos más importantes del mundo han encomiado el valor de los combatientes egipcios, su magnífico desempeño y la fuerza de su ofensiva. Han encomiado asimismo el hecho de que las fuerzas armadas egipcias hayan completado todas sus misiones de combate en un período más breve del que se había previsto en la etapa de planificación de las operaciones militares.

Una vez más, nuestras fuerzas armadas se distinguieron de forma ilustre en la protección de la seguridad árabe. Lucharon con fe y convicción. Atacaron con coraje, determinación y valor. Alcanzaron sus objetivos con experiencia militar y ejecución superior. Cada combatiente fue una honra para Egipto y confirmó honor y distinción a toda familia egipcia.

/...

Egipto no olvidará, el pueblo de Kuwait no olvidará, y los pueblos libres de todo el mundo no olvidarán a nuestros virtuosos mártires que dieron sus vidas en la más honrosa de las batallas. Señoras y señores, pido dos minutos para rendir homenaje a nuestros mártires desaparecidos y a todos los mártires de la victoria alcanzada en la liberación de Kuwait.

Señoras y señores,

Se ha izado la bandera de Kuwait en todo el territorio de Kuwait. Se ha izado la bandera de Egipto en la embajada de Egipto en el Estado libre, independiente y soberano de Kuwait.

No es ningún secreto que nosotros no deseábamos que la obstinación, falsedad y arrogancia del gobernante del Iraq condujera a hostilidades con el ejército árabe del Iraq. Fue ese gobernante quien adoptó la decisión, fue él quien buscó el conflicto, y fue él quien insistió en adoptar una actitud de intransigencia y desprecio. Fue él quien declaró, en una sesión privada de la Conferencia Árabe en la Cumbre celebrada en Casablanca y en una reunión con la Unión de los Abogados Arabes, que los árabes tendrían derecho a movilizar sus ejércitos contra el ejército del Iraq si éste violaba la soberanía de un Estado árabe.

Desde esta tribuna, señoras y señores, me dirijo a todos los miembros de nuestras fuerzas armadas en el campo de batalla y les digo, lleno de orgullo: quienes alcanzan la gloria merecen la gloria; quienes han luchado de forma honorable por su pueblo y por su nación árabe, merecen el honor. El pabellón de Egipto merece ejércitos valerosos.

Desde esta tribuna, me dirijo también al pueblo fraterno del Iraq, el ejército del Iraq y todos aquellos a quienes se les impuso por la fuerza esta guerra en el territorio de Kuwait y en el territorio del Iraq. Les digo: el pueblo de Egipto es hermano del pueblo del Iraq. La decisión de una persona no puede destruir la fraternidad. El pueblo de Egipto no escatimará esfuerzo alguno al contribuir a la reconstrucción del Iraq. El pueblo del Iraq es parte inseparable de la nación árabe y debe desempeñar su propio papel político, cultural y social en el futuro.

Me dirijo a los servicios de difusión de Bagdad y les digo: basta ya de la ignominia de la mentira, la decepción y el engaño. Basta ya de exponer al ridículo ante los pueblos del mundo al noble Iraq árabe, su civilización y su historia, mediante la transmisión de fábulas sobre batallas imaginarias en las que se extermina diariamente hasta el último hombre. Estamos hartos de la burla decepcionante; el daño hecho por los servicios de difusión de Bagdad al Iraq, al ejército del Iraq y al pueblo del Iraq llena los corazones de la nación árabe de un pesar que no se aliviará durante muchos decenios y coloca a todas las personas responsables de esta catástrofe en el lugar más oscuro de nuestra historia contemporánea. Me llena de tristeza, señoras y señores, haber oído recientemente a quien intentó con audacia envidiable desligarse con palabras melifluas de esta grave responsabilidad, imaginando que se puede engañar a la historia con máscaras ignominiosas adoptadas para cada ocasión, sin vergüenza ni pudor.

Desde esta tribuna, me dirijo al pueblo de Kuwait en el territorio de Kuwait, a un pueblo que ha sufrido con paciencia las crueldades más odiosas de la ocupación inclemente y que ha sido objeto de los crímenes más atroces de represión, tortura,



pillaje y saqueo. El más reciente de tales crímenes ha sido el incendio de hoteles importantes y la confiscación de sus bienes y la detención de cientos de personas y su traslado al Iraq, todo ello pocas horas antes del retiro. No obstante, las fuerzas de la resistencia popular nunca vacilaron en su resistencia y oposición.

Me dirijo también a los kuwaitíes en Egipto y en todo territorio árabe, y les digo a todos: mis cálidas felicitaciones por la liberación de su país, Kuwait; que sea motivo suficiente de orgullo y gloria que no haya habido ninguno entre ustedes que haya claudicado ni colaborado con la usurpación, la tiranía y la agresión. Una vez más, les digo a todos ellos: mis cálidas felicitaciones por la liberación de su país y que sea motivo suficiente de orgullo y gloria que no haya habido ninguno entre ustedes que haya claudicado ni colaborado con la usurpación, la tiranía, y la agresión.

Señoras y señores, miembros de la Asamblea Popular y del Consejo Consultivo,

No nos complacemos de la aflicción de otros; por el contrario, compadecemos a esos otros. No nos alegramos de una derrota aplastante y destrucción duradera. Por el contrario, hacemos votos por la rápida recuperación y una vigilancia constante que dirija todas las miradas y mentes hacia el futuro. No proponemos que nos contentemos con el presente sangriento ni nos centremos en penas y sufrimientos; propugnamos que se mire hacia adelante con el propósito de resolver de forma eficaz y acorde con la realidad la situación interárabe y construir el nuevo orden internacional a fin de que se pueda salvar lo que se ha perdido en términos de vidas, infraestructura y progreso.

Sería sensato aprovechar las lecciones aprendidas de esta prueba y de todas las amargas consecuencias producidas en el mundo árabe al desatarse la calamidad en una época en que nos acercábamos a una estrecha relación, solidaridad y planificación integrada para el presente y el futuro. Si bien la catástrofe nos ha precipitado a profundidades remotas y sombrías, la responsabilidad primaria de los dirigentes árabes y de los pueblos árabes es adoptar medidas correctivas para remediar esta grave situación. Todos podrán ayudar así colaborando para encontrar un punto de partida hacia un futuro mejor y una vida nueva en que se sanen las heridas, cesen las recriminaciones mutuas y se inyecte sangre nueva y rejuvenecida tras el enorme derramamiento de sangre que ha afligido a la nación árabe en el campo de batalla.

La cruel experiencia que vivimos todos nosotros en todo el mundo árabe es una lección moral. El futuro será más duro y más amargo si las fuerzas árabes, gubernamentales o populares, proceden de forma parecida respecto de los conflictos. Si abandonamos nuestro destino al régimen de los caprichos y las exageraciones, podrán incrementarse tales conflictos, podrán multiplicarse las facciones, podrá aumentar el uso de lemas y consignas, y podrán continuar bajo pabellones en contienda las políticas de decepción de los pueblos. El ejemplo más pertinente en ese sentido es la declaración a la que ya me he referido formulada recientemente por un dirigente árabe, en la que desprecia con soberbia la conciencia de las masas y su honor.

Nación árabe, este es el momento de hacer un examen de conciencia.

Nación árabe, este es el momento de hacer un examen de conciencia.

Este es el momento de hacer un estudio a fondo, que penetre hasta lo más profundo, que sea abierto y franco y que se realice con pureza de palabra y acto.

No pretendemos saldar cuentas ni exacerbar diferencias. Es preciso que se cierren las puertas a todo el que desee aumentar la catástrofe: lo que hemos sufrido es suficiente.

Hacemos frente a cuestiones fundamentales, de actualidad y urgentes. Si bien el gobernante del Iraq nos obligó a traer fuerzas extranjeras para ayudarnos a defender la soberanía de otro Estado árabe, debemos tener presente que, en su vasta extensión, la nación árabe cuenta con la capacidad política, económica y social, y los recursos necesarios para que podamos nosotros solos establecer la nueva base del progreso hacia un futuro mejor.

No debemos desperdiciar esos vastos recursos. Es suficiente ya que nos hayamos visto afligidos por el mayor y más peligroso despilfarro de nuestros recursos materiales y espirituales que se haya visto jamás en la historia de la nación árabe.

No buscamos la división entre el Este y el Oeste. No deseamos la continuación de campañas de resentimiento, afirmaciones engañosas, lemas en los que se aprovechen mezquinamente los acontecimientos ni maniobras de intrigas venenosas e hipocresías múltiples.

No deseamos ver a la nación árabe dividida en dos. No deseamos ver a la nación árabe dividida en dos ni queremos que ningún pueblo árabe se disperse como pueblos separados y sea engañado por objetivos inicuos que lleven a luchas internas dentro de un país. No son ni las corrientes ocultas ni las corrientes manifiestas las que dominan la conciencia de los pueblos, su auténtico camino, su derecho justo y legítimo a un futuro de paz, seguridad, cooperación y unidad - con todo honor y probidad - en apoyo de sus principios.

El mundo árabe se ve ante cuestiones fundamentales. Es preciso llegar a un acuerdo sobre los medios para resolver estas cuestiones a fin de garantizar que se siga el derrotero adecuado.

Tenemos ante nosotros la cuestión del pueblo palestino. Es la cuestión de un pueblo y no la cuestión de dirigentes, exageraciones, intrigas ni conspiraciones. Repito: es la cuestión de un pueblo y no la cuestión de dirigentes, ni la cuestión de exageraciones, intrigas o conspiraciones.

El pueblo palestino tiene el derecho primordial a la libre determinación después de todos estos años de sufrimiento, de la insensatez de los lemas y del conflicto entre los dirigentes, cuyo resultado ha sido que se haya desviado la atención del problema principal y se la haya centrado en una cuestión de diferencias entre personas e intercambio de acusaciones.

Nadie negará que la solución de la cuestión de Palestina es el elemento fundamental de una paz justa y duradera en la región árabe.

No tratamos esta cuestión como una propuesta comercial. Ya se ha ofendido suficientemente a nuestra historia árabe por la absurda y errónea afirmación de que la ocupación de Kuwait representaba el camino a Jerusalén.

Debemos romper todas estas páginas negras, romperlas a fin de comenzar una página nueva y sin tacha en la que se restablezca la serenidad y la integridad respecto de esta cuestión justa y de actualidad, a fin de que se puedan izar las banderas de la paz con corazones fieles, mentes abiertas y deseos de lograr soluciones, sin discursos de intrigantes.

El pueblo palestino es una responsabilidad de todos nosotros que no debemos dejar de cumplir. Tenemos ante nosotros la cuestión del Golán y la cuestión de un solo pueblo árabe unido del Líbano. Todas estas cuestiones están vinculadas entre sí. Ha llegado el momento de proceder hacia la estabilidad y la paz, resolviendo estas cuestiones de forma rápida y decisiva.

Tenemos ante nosotros la cuestión de la seguridad árabe.

Es esta una cuestión sumamente importante. Merece una atención urgente tras haberse expuesto la existencia y el destino de la nación árabe al peligro más grave como consecuencia de la invasión de Kuwait por el Iraq y todos los sufrimientos y horrores producidos.

La seguridad árabe será árabe y solamente árabe y se garantizará la inmunidad y protección plenas de esta región del mundo.

Tenemos ante nosotros las cuestiones del desarrollo económico y social y la integración necesaria para el desarrollo amplio planificado que garantice la justicia social y aproveche la enorme capacidad árabe en términos de recursos naturales, recursos humanos y evolución científica. De tal forma, edificaremos una nación árabe estable, fuerte, orgullosa y digna que ocupe su lugar eminente en interacción con el nuevo orden internacional basado en la paz, la competencia tecnológica y económica y el fortalecimiento de la democracia política.

Tenemos ante nosotros las cuestiones de las fronteras en disputa y sus conflictos de muchos años.

Tenemos ante nosotros la cuestión de la cooperación con el pueblo del Iraq, que no deberá quedar separado de la nación árabe. El pueblo del Iraq es dueño de su propio destino y tiene el derecho fundamental a decidir su futuro. Es ese pueblo el que sufre actualmente la tragedia sangrienta producida por la tiranía de la falsedad sobre la verdad y las ambiciones de una persona a expensas de la libertad de millones.

Hermanos y hermanas, miembros de la Asamblea Popular y el Consejo Consultivo.

Todas estas cuestiones cruciales y ponderosas requieren un pensamiento innovador que aborde la realidad desde una posición de fuerza y solidaridad, así como determinaciones de los hechos realizadas por mentes libres de caprichos y opiniones arbitrarias.

El llamamiento que hago a la reconciliación árabe no debe basarse en declaraciones, afirmaciones y lemas que conocemos de memoria. ¡Con cuánta facilidad fluyen esas palabras en nuestro diccionario político y en nuestra región árabe!

Mi llamamiento es a la franqueza árabe, unida a la sinceridad y a una profunda convicción de que las caídas y colapsos que nos han afligido sólo pueden llevarnos a un destino aún más grave y amargo, a menos que todos nosotros nos enfrentemos con todos los peligros que presenta la situación.

Franqueza que sea constructiva y no destructiva.

Franqueza que traiga protección y no desunión.

Mi creencia es que Egipto fue el primer país en mostrar esa franqueza en la conferencia árabe en la cumbre celebrada en Casablanca, la primera conferencia en la cumbre a la que asistió tras su reconciliación con la Liga de los Estados Árabes.

Como quizá recuerden, en esa conferencia planteé ciertos puntos concretos que consideraba apropiados para enriquecer el progreso unido como una sola nación. Tras los sangrientos sucesos que comenzaron con la invasión iraquí de Kuwait, deseo añadir los siguientes puntos:

1. No debemos perder ningún tiempo ni desperdiciar esfuerzo alguno para pensar en represalias, venganzas o ajustes de cuentas. Debemos volver esta triste página de nuestra historia y dirigir nuestras mentes y nuestros ojos hacia el futuro, con toda la esperanza y las aspiraciones que guarda para nuestros pueblos.
2. Debemos esforzarnos al máximo por restaurar en la primera oportunidad que se nos presente la fe en la familia árabe, a fin de que no arraiguen más las dudas y aumenten las divisiones en nuestras filas. Ninguna nación es capaz de una acción conjunta si la duda y la sospecha dominan las mentes de sus miembros.
3. Los acontecimientos de la calamitosa invasión y sus secuelas nos obligan a cada uno de nosotros a exponer su visión de los objetivos de su nación y su país, así como los medios que crea que deben usarse para lograr esos objetivos. De ese modo, cada país árabe tendrá de antemano conocimiento de lo que los demás países procurarán realizar y lograr.
4. Debemos también redoblar nuestros esfuerzos en los meses y años venideros por resolver las controversias pendientes entre todos los países árabes, en primer lugar y ante todo las controversias sobre fronteras, aunque eso signifique que debamos inventar un nuevo sistema para reforzar nuestra capacidad de superar las dificultades y problemas que ensombrecen las relaciones entre los árabes.
5. Debemos apresurarnos a completar nuestro concepto de la situación en la región tras la guerra, concentrándonos en dos puntos esenciales, a saber, la seguridad y el desarrollo, que son elementos complementarios, interrelacionados e interdependientes. No es posible separarlos, ni puede considerarse uno aislado del otro. Para lograr ese propósito, debe haber un pensamiento colectivo y continuas consultas, porque el futuro de todos nosotros depende de que tengamos éxito al formular una visión conjunta e integrada.

6. Los acontecimientos han probado cuán acertados estábamos cuando instamos, durante más de dos años, a que la región del Oriente Medio - abarcando la región en su conjunto, incluido Israel - se mantuviera libre de armas de destrucción en masa. Cuando instamos a eso, el gobernante del Iraq y los dirigentes iraquíes se opusieron a convertirla en una zona libre de armas nucleares, químicas y biológicas de destrucción en masa. Debemos considerar también otros medios de impedir la acumulación de armas en la región y la carrera por adquirirlas y hacer uso de ellas.

7. Si queremos establecer la seguridad y la estabilidad en la región, debemos esforzarnos todos al máximo por resolver el conflicto árabe-israelí, y en particular su elemento palestino, porque ese conflicto es la principal fuente de ansiedad y tensión en la región y la hunde en un círculo vicioso de violencia.

8. Con objeto de consolidar la reconstrucción general en la fase venidera, debemos procurar ampliar las oportunidades de cooperación a todos los ciudadanos árabes en las obras públicas, y fortalecer la marcha de la democracia del modo que cada país árabe determine con arreglo a sus circunstancias y experiencias.

9. Debemos adquirir conciencia de la falsedad de las palabras pronunciadas como emanación de los acontecimientos durante un período de siete tristes meses, cuando se pretendía describir lo que estaba sucediendo como una batalla entre el Este y el Oeste, entre musulmanes y no musulmanes, o como un retorno a las Cruzadas. Todo eso era falso, una impostura. La batalla era entre la legitimidad y la anarquía, entre el bien y el mal, entre lo lícito y lo ilícito. Agradecemos a Dios que la legitimidad árabe coincidiera con la legitimidad internacional y que la victoria - por último - correspondiera a las fuerzas del derecho y el bien y no a las de la agresión y la injusticia.

Este es, pues, el llamamiento panárabe que, en vuestro nombre y en nombre del pueblo de Egipto, hago al pueblo árabe en este momento decisivo y crucial, en el que, si ponemos el debido cuidado, podremos avanzar y marchar hacia arriba y hacia adelante.

Las caídas que conlleva la dispersión podrían arrasarnos, y las exageraciones de los lemas podrían conducirnos a un destino aún más lastimoso, un destino que no debemos aceptar.

La historia no nos perdonará ... ni nos perdonará ninguna generación venidera ... ni volverá a correr la sangre de una vida libre y noble por nuestra nación árabe ... si nos mantenemos retraídos y seguimos persiguiendo nuestra propia cola en círculos viciosos que nunca terminen o se detengan.

Hermanos y hermanas,

Sé que esperáis de mí algunas palabras sobre nuestra situación económica. El desastre de la invasión nos ha propinado duros golpes, añadidos a las aplastantes dificultades que ya padecíamos, lo que evidentemente ha producido efectos negativos en nuestra vida diaria. Sé que esperáis de mí que hable sobre este tema, que es algo que preocupa a todas las familias de Egipto.

Sobre esta cuestión de importancia vital, diré sólo esto: nuestros hermanos de Arabia Saudita, Kuwait, los Emiratos Arabes Unidos y los demás Estados del Golfo comprenden plenamente las realidades de nuestra situación económica y creen - con la mejor intención posible - que un Egipto con una infraestructura y una economía firmes significa un Egipto comprometido a mantener el principio y el honor de su posición y un Egipto que nunca abandona su papel de pionero, cualesquiera que sean las penalidades que ello entrañe. Importantes mensajes se han intercambiado a ese respecto, y espero que sus efectos resulten evidentes en un futuro próximo. Además, se han tomado medidas desde el comienzo de la invasión.

Egipto desempeñará un papel constructivo en las medidas para reconstruir Kuwait, y nuestros hermanos acogerán con agrado a los trabajadores egipcios en todas las cuestiones relacionadas con el desarrollo. Esos trabajadores serán tratados con toda la consideración y toda la reverencia debidas: los acuerdos concertados al respecto garantizan que se respetarán los derechos legítimos de todas las personas.

Hermanos y hermanas,

Confío plenamente en mi visión del futuro inmediato y del distante. Nuestro camino se extiende brillante y resplandeciente, hasta horizontes radiantes de desarrollo y paz. Esta confianza no está infundada.

Procede de la inspiración del gran y noble pueblo de Egipto ... el gran y noble pueblo de Egipto que se ha mantenido como un solo hombre y cuyos corazones han latido al unísono desde que comenzó el crimen de la invasión, y que mostró - como una cuestión de conciencia espontánea y civilizada - que el pueblo sabe cómo tomar la decisión adecuada en el momento oportuno.

El gran y noble pueblo de Egipto, que con todo su vigor y fuerza desdeñó las aseveraciones tendenciosas y arbitrarias que trataban de falsificar los hechos que tenía ante sus ojos, distorsionar la imagen que había en su mente o confundir sus sentimientos con provocaciones superficiales y llamamientos engañosos.

El gran y noble pueblo de Egipto, que, alineados sus millones de integrantes, formó un poderoso escudo que desechó aseveraciones espurias y se alzó con orgullo y gloria por encima de las provocaciones de los consumidos por las convulsiones y las mentiras de quienes deliberadamente incitaban al disturbio.

El gran y noble pueblo de Egipto, que, con serenidad histórica, se negó a ser instrumento del engaño, víctima de los acontecimientos o trompeta de las voces de la mentira y la difamación.

El gran y noble pueblo de Egipto, que ridiculizó a quienes menospreciaban su inteligencia y perspicacia y triunfó sobre quienes pensaban que podían embaucarlo.

El gran y noble pueblo de Egipto, que alzó la bandera del gran y noble Egipto y ante quien todos los lemas de la mentira y el engaño y toda la propaganda del terror y la intimidación se doblegaron agotados y sometidos.

El gran y noble pueblo de Egipto ... el pueblo de principios, gloria y honor que respaldó a sus fuerzas armadas en la batalla por la dignidad árabe como un frente sólido y unido bajo una sola bandera, la bandera de Egipto.

Egipto ... paz que no traiciona. Egipto ... el escudo que protege y preserva. Egipto ... que no puede ser vendido o comprado en ninguna ocasión.

Egipto ... que ha sufrido y sigue sufriendo, pero no descuida su dignidad o se rebaja a negociar su posición ni sus palabras.

Egipto, previendo un nuevo mundo árabe, cree que la ocasión es de oro si basamos nuestras tareas en la franqueza y la sinceridad; el oro, no obstante, se volverá polvo si nos retrasamos en la marcha hacia el crecimiento y el desarrollo o volvemos la espalda a una sociedad unida por lazos de veracidad, lealtad y el gobierno de seres humanos que respetan los derechos humanos.

Hermanos y hermanas, marchamos y avanzamos en la procesión del honor ... Al construir el presente pensando en el futuro, representamos un ejemplo inconvencible, una llama inextinguible y una determinación indoblegable.

¡Oh, Señor! acrecienta nuestra fe y concédenos, por tu divina gracia, fortaleza, caridad y razón.

"Dios es infinitamente misericordioso con sus elegidos."

"Dios es fuente inagotable de mercedes."

"Dios es todopoderoso."

¡Que Dios nos conceda éxito a nosotros y a vosotros!

¡Que la paz y la misericordia de Dios desciendan sobre vosotros!

-----